

Vida en un cuadro

Louis Lumière (1864-1948)

Hoy nos apropiamos de la magia del cine para recordar e imaginar. El encargado de reinventar nuestras vidas según las imágenes en movimiento murió hace 60 años. Sin Lumière sería imposible imaginar un mundo anterior al cine. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

Para deshacernos pronto de los datos:

Louis Jean Lumière nace el 5 de octubre de 1864 en Besançon, Francia. Hermano menor de Auguste, crece en la industria Lyon y se gasta, al parecer provechosamente, en el taller fotográfico de su padre. Cuenta la historia —y cuando se habla de cine hay que atender las historias— que el joven se obstina desde muy temprano en perforar las cintas fotográficas y en hacerlas correr de algún modo para dar la sensación de movimiento. Cuenta un rumor —y cuando hay rumores para qué atender las historias— que una tarde de 1894 Antoine, el padre, asiste a una exhibición del kinetoscopio de Edison y, al volver a casa, pide a sus hijos que mejoren el invento: las imágenes ya tienen movimiento pero las animaciones duran poco y deben ser vistas, a través de un visor, individualmente. Louis no tarda casi nada en afinar su creación y unos meses después patenta el cinematógrafo, construido con su hermano, más bien un comerciante. Se sabe: el aparato toma vistas y las proyecta. Se sabe: son 24 los cuadros expuestos por segundo y es la persistencia retiniana la que genera la ilusión de movimiento. No se sabe porque, en el fondo, no importa: en marzo de 1895 los hermanos Lumière muestran su invento, sin demasiado entusiasmo, a un grupo de científicos.

Por fin llegamos a la fecha que queremos: 28 de diciembre de 1895. En el Salon Indien, del Grand Café de París, ubicado en el número 14 del Boulevard des Capucines, ocurre la primera función pública del cinematógrafo. Es decir: nace el cine. Son 35 los asistentes al espectáculo y es hermosa la escena: una luz, disparada por un aparato a espaldas del público, rasga de golpe la oscuridad y se estrella contra una tela blanca. En el principio la luz dibuja, sobre la sábana, la fachada de una fábrica, una pared cascada, una enorme puerta de madera. La puerta, cosa curiosa, no permanece estática: un hombre la abre sin apenas esfuerzo y, un instante después, una multitud de obreros y obreras la atraviesa, caminando todos, ya inmortalmente, hacia la cámara que los filma. Muchas veces he intentado imaginar lo que habrán experimentado justo entonces los 35 dichos asistentes. Muchas veces he deseado haber sido uno de ellos. Para convencerme de que mi vida no es menos milagrosa que la de ellos, baluceo: “no fue, no debió haber sido, gran cosa; ya todos conocían la fotografía y la fotografía, como el cine, reproduce imágenes; algunos ya habían visto, en el interior de un kinetoscopio, la misma coreografía de espectros y entonces no hubo mayor sorpresa”. He llegado a mascullar, incluso, que el cine, en vez de haberle agregado magia al mundo, contribuyó a desencantarlo: el hombre descubrió que todos los lugares son semejantes y que su prójimo más lejano no es esencialmente distinto a su vecino. Pero no me



1

1. Louis Lumière.
2. Primer cinematógrafo de los Lumière.



2

engaño. Si alguna vez ha ocurrido un milagro, ocurrió esa noche. Y no estuvimos, ni tú ni yo, presentes.

Una maestra de segundo y tercer grado de primaria me cuenta ahora, un siglo después del único milagro, que algo extraño sucede al interior de las aulas. Los niños, las niñas, se aburren con algunas de las cosas que antes divertían a las niñas, a los niños. Si se les lee algún cuento lineal, bostezan. Si se les pide que reconstruyan cronológicamente un relato, sufren. Pero son capaces de manejar una cantidad de información antes inusual para los niños. Pero infieren con facilidad. Pero son capaces de armar y comprender historias fragmentadas, vertiginosas. La televisión, internet, me dice. Puede ser. Lo que sé es que un fenómeno similar, una transformación semejante de los procesos mentales, ocurrió, no hace demasiado, debido al cinematógrafo. Se ha hablado, con razón, del *Homo videns*. Yo tengo una prueba para confirmar la existencia de esa bestia: yo mismo. No puedo imaginar lo que experimentaron los primeros espectadores porque no puedo intuir siquiera lo que habrá sido vivir sin cine. Es decir: no puedo, no podemos, imaginar válidamente el mundo anterior al cine. Haga la prueba, señor, señora, e intente pensar cómo habrá sido la vida durante el imperio romano, la caída de Constantinopla o, digamos, el 16 de septiembre de 1810. Mala noticia: las imágenes que forma, que cree formar en su cabeza no son el pasado, son una *película* del pasado. Es decir: pensamos, recordamos, imaginamos cinematográficamente, incluso si intentamos pensar, recordar, imaginar el mundo previo al cinematógrafo. El cine no es algo *allá*, al margen de nosotros. Es un permanente *aquí*. Es, para ponerlo melosamente, nosotros.

Todo esto para decir: lo menos que hizo Louis Lumière fue inventar el cinematógrafo; reinventó al ser humano. •